

DE VUELOS Y REGRESOS. *PÁJARO CIEGO*, DE LUIS GOROSITO HEREDIA

María Banura Badui de Zogbi
Universidad Nacional de Cuyo

Luis Gorosito Heredia, sacerdote salesiano, autor de más de veinticinco poemarios publicados entre los años 1924-1970, nació en Santa Fe y residió en Córdoba y en otras provincias argentinas por requerimientos de su labor sacerdotal. Su estancia en Mendoza, donde maduró su capacidad lírica, inspiró sus *Poemas mendocinos* (1938) y *Nuevos poemas mendocinos* (1970). El resto de su rica creación poética aborda una amplia temática en la que prevalece la expresión religiosa, la exaltación de la Virgen María en sus distintas advocaciones, evocación de los santos y de estampas bíblicas, la Pasión de Cristo, la Redención, la búsqueda esperanzada del hombre que anhela religarse con lo divino.

La poesía de Gorosito Heredia -conocido también con el seudónimo de Nice Lotus- ha merecido elogiosas opiniones de conocidos escritores como Vicente Barbieri, Leonardo Castellani, Federico de Onís, José María Pemán, Rafael Cansinos Assens, entre otros. A modo de ejemplo, citamos la opinión de Juan Pinto, fechada en Buenos Aires el 11 de octubre de 1960: "Debo confesarle que, a pesar de leer tanto libro argentino, ignoraba su intensa producción que, por *Pájaro ciego*, ubico entre las de los buenos escritores y poetas nuestros. Su riqueza lírica, su dominio técnico del verso, la clara diagramación de su emoción hablan vivamente de un poeta que sabe dar de su mundo interior un cálido vuelco en imágenes, determinando el hecho poético"¹.

¹ Juicio que forma parte de un pequeño volumen titulado *Poesía de testimonio. Algunas expresiones de la crítica sobre los últimos libros de Luis Gorosito Heredia*, pp. 19-20. Recoge la opinión de conocidos escritores e incluye un listado de las obras en prosa y en verso de Gorosito Heredia, publicadas hasta el año 1964. No tiene datos editoriales.

El objetivo de mi estudio es difundir la poesía del autor a partir de uno de sus libros más profundos, sinceros y mejor escritos.

Pájaro ciego se publicó en 1960². Es, como otros libros de Gorosito, una colección de poemas donde, si bien se destaca una línea semántica clara y relevante, se reúnen poemas de distinta temática.

En este libro se incluyen cinco poemas sueltos, "Pájaro ciego", "El ágata", "Sandro Botticelli", "Cosas de encantamiento", "El caballero blanco"; un "Tríptico de la liberación", compuesto por tres sonetos, un poema al Arcángel de la muerte y otro al Beato Angélico, un conjunto de ocho sonetos bajo el título "Dolores de la Virgen", ocho poemas de variada forma propiamente religiosos y un "Colofón lírico" que el poeta Karl Ludwig Wangenfuhrer dedica al poeta.

Pájaro ciego es uno de esos libros que conmueven por su sinceridad. Si bien la expresión poética es rica en imágenes y símbolos, la realidad personal del autor ilumina con tal fuerza lo poético que sus destellos conducen claramente a identificar el yo lírico con el poeta. Los poemas están unidos por una línea de isotopía que refiere el regreso al Padre, en momentos del arrepentimiento y del alejamiento del pecado, y el encuentro del perdón en brazos de María y en la misericordia divina. En el poema "Primer dolor", de la serie de "Dolores de la Virgen", leemos

Ya la luz de tus ojos me ilumina,
Ya el hijo de tus lágrimas regresa (p. 18).

O bien, en el Sexto dolor:

¡Resucítame al cielo, madre mía!
Una lágrima tuya bastaría,
Una plegaria sola. Y un abrazo (p. 23).

² Luis Gorosito Heredia. *Pájaro ciego*. Buenos Aires, Cuadernos de la Brújula, 1960. Citaremos por esta edición.

Toda la poesía de Gorosito Heredia pone de manifiesto las fuentes de donde se nutre: sus amplios conocimientos humanísticos y literarios, su formación sacerdotal y sus hondas preocupaciones humanas.

En el libro *Península de cielo* (1947), en el poema "Espíritu", Gorosito Heredia trata de comunicar, por medio de una enumeración de imágenes, que nuestra realidad espiritual es desasosiego continuo, a causa del cual nos impulsa siempre un anhelo de vuelo. Nos dice cómo es el espíritu una "península del cielo", un territorio que une al hombre con la eternidad. El espíritu es el enlace que el hombre necesita para ligarse a Dios, de quien se nutre, y es, a la vez, una prolongación de su espíritu divino, como lo es una península del continente.

Atento a esa necesidad de buscar siempre algún motivo para elevar el espíritu hacia su fuente, es que toda la poesía de Gorosito Heredia manifiesta una búsqueda, y con ella su angustia y su esperanza. El canto, la poesía, es para este autor una realización que exalta la creación y al mismo tiempo la grandeza divina, desde sus dolores humanos, desde su "península de cielo".

El primer poema del libro que comentamos se titula "Pájaro ciego". Es la metáfora del poeta. Él, como un pájaro en busca de la libertad, voló del nido donde tenía el abrazo divino, y, ciego de pasión, marchó a buscar la realidad terrena. Todo el dolor del desencanto se encuentra en este poema. Transcribo completo el soneto:

¡Tanto tiempo perdido en vano vuelo,
pájaro audaz, huyendo a ras del suelo!
Al fin regresas, pero mal herido,
Tarde hallarás la rama de tu cielo.

Si eras pichón, ¿por qué dejaste el nido?
¿Qué te dio, pues, la rosa sin sentido
más que estupor y espanto, fuego y hielo?
¡Cuánto dolor y cuánto amor perdido!

Tiéndete, pues, tus alas apresura,
que si en el valle acecha la negrura,
en la cúpula azul siempre es de día.

¡Flauta de Dios, color arrodillado,
ay, cómo cantarás, cuando has cegado
por el amor y por su melodía! (p. 7).

La realidad presentada en el poema se ha elaborado con imágenes que mantienen la correspondencia lógica de los términos comparados. El pájaro es el pecador audaz que se atrevió a pecar, haciendo uso de su libertad de vuelo -pájaro- pero cegado. Es también el "pichón", por la inmadurez de su fe que le hizo creer en la posibilidad de encontrar la felicidad en otro lado, lejos de la Fuente. La "rosa sin sentido" es la tentación, o el objeto tentador, porque es rosa -belleza - perfección - juventud- atracción. Ese vuelo audaz que lo llevó al pecado sólo le dio dolor: "estupor y espanto, fuego y hielo". El valle en donde "acecha la negrura" -el mundo- se opone a la "cúpula azul", donde siempre es de día.

Con un juego de antítesis se va enfrentando el goce del mundo a la felicidad verdadera del cielo. El pájaro ciego, arrepentido, regresa a su lugar donde la "flauta de Dios, color arrodillado" ha de cantar como lo hace el Padre ante el regreso del hijo pródigo.

Si bien se acentúa la culpa, el poeta no deja de remarcar el perdón. Necesita mostrar la misericordia divina.

K. L. Wagenfuhrer cierra el libro con el poema "Colofón lírico". Este texto continúa la isotopía del pájaro -vuelo-caza -fracaso. Se enlaza con el primero como respuesta, desde otra voz lírica. Ambas voces están en tercera persona, pero todo conduce a identificar el primer poema con el autor, y el último con un yo lírico ajeno a la experiencia elaborada.

En el poema "Pájaro ciego" la ceguera está en el título. En el "Colofón lírico" se dice "saliste solo con tu azor sin ojos". En ambos casos se remarca el error: no puede haber caza de altanería sin buena vista. Por eso en ambos poemas el cazador, pájaro ciego -azor sin ojos- regresa malherido.

Los dos poemas se dirigen a un tú pecador por medio de preguntas: "¿Por qué dejaste el nido?" en el primero; "¿Por qué maravillosa cetrería, /-oh duro bosque de indecisa arena!-/ fuiste a cazar y fue tu cacería / el silencio enlutado de tu pena?", en el último.

En los dos poemas está la referencia al perdón. En el primero la “flauta de Dios” lo recibe; en el segundo es por medio de la Virgen que obtiene la absolución.

Sostenido por ese marco que forman estos dos poemas, encontramos el “Tríptico de la liberación”. Todo en los poemas alude a la liberación del pecado, y son los tres sonetos, a mi entender, el núcleo semántico de esta obra. Se titulan “Los dioses”, “Los abismos” y “El término”.

El poema “Los dioses” se desarrolla con un marcado dinamismo que el yo lírico le imprime en su desplazamiento hacia el mundo de las cosas cotidianas, hacia el encuentro con los dioses del mundo material. El poeta se siente acosado, mordido, celado por los otros dioses. El vocabulario tiene un tono agresivo: “martíllanme el costado, muérdenme el corazón y me lo celan”. Los falsos dioses tienden a conquistarlo porque lo saben lejos de su “nido” y pueden arrancarle lo que es tan suyo: su fe. El poema nos habla así:

Entro en la habitación que digo mía,
donde mis falsos dioses, a la espera,
con sus ojos de miel y de salmuera
acogen mi devota compañía.

Libros dorados, prosa y poesía,
blanco y negro papel, pluma ligera,
imágenes de humo, tinta, cera,
llenas de adoración y de falsía.

Me voy de allí, pero otros dioses vuelan
en mi redor, martíllanme el costado,
muérdenme el corazón y me lo celan.

Saben que allí donde no soy el centro
vive otro Dios con el que estoy marcado,
cerca y lejos de mí, tristeza adentro (p. 12).

A pesar de todas las tentaciones, él le pertenece, y ése es el móvil más fuerte para el tentador.

“Los abismos” ofrece otro enfoque. El poema es esencialmente una expresión de la voluntad : “quiero precipitarme”, “¡Oh, salirme...”. Expresa, como el anterior, el dinamismo interno que tortura al poeta. En ambos poemas ese movimiento conlleva la desazón del alma cuando se sabe lejos de su Centro. El vocabulario, las imágenes y las afirmaciones así lo transmiten:

Quiero precipitarme al precipicio
de mi interior, sin luz, aire ni fruto;
donde anida un demonio diminuto,
charco y raíz del yo, crecido en vicio.

¡Oh salirme de mí, salir de quicio,
limpio y alegre y sin señal de luto,
por un aire dorado y absoluto
que es hacia arriba un nuevo precipicio,

sin memoria, sin pulso, despojado
de la piel dura y de los falsos dioses,
como cuando el bautismo recibí!

Entonces, sí, seré tu enamorado,
y una voz nueva entre infinitas voces
de adoración, Señor, que llega a Ti (p. 13).

El poeta busca bajar a los abismos del dolor, a los espacios sin luz, a encontrarse con su raíz y reconocerse en el vicio. A partir de ese conocimiento y de esa oscuridad, cuando haya descendido a lo más profundo, podrá iniciar el vuelo hacia la altura. No podemos sostener sin más que se trata de una cercanía al símbolo de la noche de San Juan de la Cruz; sí es claro que alude a una purificación ascética cuyo camino se profundiza con el conocimiento de sí mismo, del yo pecador y vicioso, con la vivencia de la Luz “sin luz”, o sea de la noche que ilumina, con la percepción del aire “sin aire” y con el encuentro de lo más negativo que se tiene. Ese descenso al reconocimiento de las propias miserias hará posible luego la purificación necesaria para iniciar el ascenso. Y para poder despojarse de la “piel dura y de los falsos dioses”. En suma, ser un

hombre nuevo, sentirse de nuevo perdonado, “como cuando el bautismo recibí”.

Es muy marcada la oposición que sugieren las antítesis: “precipitarme”-“salirme”; de un antes identificado con “charco”, con toda la connotación de la resaca, de lo que se estanca, de lo bajo, y un ahora “limpio y alegre”. Antes “sin luz, aire ni fruto”, ahora “sin señal de luto”. Primero se trata de descender, ahora de emerger, de ir “hacia arriba”.

El poema muestra con claridad el camino del asceta hacia la perfección, marcado por el descenso y el ascenso, por la sombra y la luz, por la noche y el día.

El terceto final es muy claro. Ese “entonces” es el momento de su experiencia vital en que será posible el encuentro con el perdón, después de haber vivido aquellas antítesis. Ahora -“entonces”- será una voz nueva, el hombre nuevo que ha dejado el pecado.

El poema “El término” nos habla del anhelo del poeta para cuando llegue el final de la vida, cuando ya sea “pura pluma”, alma deseosa de la vida eterna:

Desnudo ya, sin plomo, pura pluma,
me arrojaré al sonido de tu viento:
Tú, serafín del nuevo nacimiento,
yo, la melancolía de la espuma.

Desde la Cena al Huerto que perfuma
tu oración, a la Cruz de tu tormento,
desde tu Sangre con que me alimento
hasta mi sangre que a tu amor se suma,

para llegar al otro monasterio,
al otro altar y al otro presbiterio
jardín de toda bienaventuranza,

fuelle del canto y foco de tu Misa
donde por fin me entregaré sumisa
y eucarísticamente a tu alabanza (p. 14).

El texto abunda en sinédoques y metáforas. El yo lírico se ha despojado del peso -sin el plomo del pecado- y ahora es posible el vuelo del alma hacia las alturas donde reina "el sonido de tu viento". El segundo cuarteto es como una fisura temática, aunque necesaria. Condensa la Pasión y la Redención, desde la última Cena a la Cruz, en una síntesis magistral, ya que por el camino de la Redención el poeta podrá aspirar a "otro altar...jardín de toda bienaventuranza", podrá confiar en alcanzar la vida eterna cuando llegue el fin de su vida terrena.

El comentario de estos poemas, "Pájaro ciego", "Colofón lírico" y el "Tríptico de la liberación", pretenden demostrar nuestra afirmación de que en ellos está el núcleo semántico del volumen estudiado: la expresión del dolor causado por el pecado, el arrepentimiento y el perdón. Pero ese núcleo irradia su isotopía a otros poemas del libro, y lo encontramos sobre todo en el conjunto denominado "Dolores de la Virgen". Aunque las citas sean numerosas, conviene presentarlas para apreciar la unidad y las variaciones que el poeta ha dado al mismo tema en todo el libro:

Yo, pecador, porque negué tu cielo
 porque corrí, insensato, hacia la ruina
 donde más turbio el lodazal se espesa

("Primer dolor" p. 18).

En cambio yo, del cielo desterrado,
 vago por el desierto del pecado

("Segundo dolor" p. 19).

Ea, seca esas lágrimas, María,
 o llora así por mí, que de tus brazos
 me escapé más allá de las fronteras
 del divino país de tu alegría

("Tercer dolor" p. 20).

Pero te ruego por el crucifijo,
 piensa que en mí también tienes un hijo,
 que estoy sangrando y muerto en tu regazo

("Sexto dolor" p. 23).

Yo amé cruces de carnes voluptuosas
 les di mis pies, mi corazón, mis manos,
 y las cubrí de sedas y de rosas
 ¡Qué angustiosos esfuerzos, y qué vanos!

(“La cruz vacía” p. 26).

Néstor A. Noriega, sacerdote salesiano y poeta, dice que hay en la poesía de su compañero de comunidad, Gorosito Heredia, un valor ponderable que caracteriza así: “Es lo que podríamos llamar *emoción teológica*, es decir, la más pura, simple y alta de las emociones, como es la que proviene y se orienta hacia la inmensurable playa del amor increado”³. Noriega reconoce esta emoción teológica sobre todo en este libro, en los poemas “La cruz vacía”, “El revés de la trama”, “La visita” y “La comunión”.

El primero de ellos está concebido de una manera muy original. El poeta habla de una cruz vacía, sin duda la que le pertenece, que lo está esperando con sus “dos alas como una plegaria”, para emprender el vuelo el día en que él muera. Las imágenes son visionarias, y desde ese mundo casi onírico emerge el concepto de culpa y el de perdón, presentes también en otros poemas

“El revés de la trama” se elabora desde un punto de vista también muy original. Frente a la realidad de un suicida, el poeta le da su perdón, porque “Nos llega Dios por todos los caminos / Él es eso: una Hostia”. Los dos restantes son totalmente religiosos, y con razón pueden situarse en lo que Noriega llama poemas de “emoción teológica”.

Creo que podemos extender este valor también a los poemas analizados en este trabajo, y afirmar que, en un sentido más amplio, lo más visible de este libro es que existe poesía religiosa, es decir, poesía de contenido teológico, donde lo religioso no es un motivo ornamental de citas o evocaciones, sino donde lo poético y lo teológico se funden. *Pájaro ciego* tiene un mensaje que se centra en la experiencia personal religiosa y humana como lucha diaria, tenaz e implacable. Lo que hay en este libro es “su drama religioso”. Es el drama del pecador que lucha por

³ Juicio incluido en *Poesía de testimonio...* p 6.

alcanzar la virtud remando entre el oleaje de una realidad hostil. Son sus caídas y flaquezas perdonadas por la intercesión bondadosa de María y redimidas por la Misericordia divina.

El poeta teje la trama de sus poemas con el conocimiento de los dogmas, y manifiesta la alegría del reencuentro después de marcar la desgarradora soledad del vacío.

En esa manifestación del dolor redentor, en la asunción de sus propios yerros y en la búsqueda del abrazo eterno, emparentamos estos poemas con los sonetos religiosos de Lope de Vega y de Quevedo.

Los poemas de *Pájaro ciego* son, sin duda, herederos de la tradición clásica, no sólo en el empleo del cauce formal, el soneto, sino en la construcción de las imágenes, tan personales y al mismo tiempo tan enraizadas en la tradición de la poesía ascética y de la literatura mística.

Creemos que este libro de Gorosito Heredia merece figurar entre los volúmenes más densos de la poesía religiosa argentina del siglo veinte.

RESUMEN

Luis Gorosito Heredia, sacerdote salesiano, autor de más de veinticinco poemarios publicados entre los años 1924-1970, nació en Santa Fe y residió en Córdoba y en otras provincias argentinas por requerimientos de su labor sacerdotal. Su estancia en Mendoza, donde maduró su capacidad lírica, inspiró sus Poemas mendocinos (1938) y Nuevos poemas mendocinos (1970). El resto de su rica creación poética aborda una amplia temática en la que prevalece la expresión religiosa. En el presente estudio se pretende promover el conocimiento de su poesía a partir del análisis de uno de sus libros más profundos, sinceros y mejor escritos: Pájaro ciego (1960). El análisis se centra en los aspectos temáticos y en los rasgos de estilo.